

www.elboomeran.com

Israel Centeno
CALLETANIA

EDITORIAL PERIFÉRICA

II

El faro, donde vive Daniel, es un dedal frente a la casa de universos ocultos. Descuadra la calle, es un punto luminoso en las noches, sus luces permanecen casi siempre encendidas hasta el amanecer. José espera su turno para un partido de ajedrez, recostado en una biblioteca improvisada. Suda. Su cara brillante parece una calva con rasgos y facciones. Se acoda en los libros, entre los que se pueden leer títulos como *¿Qué hacer?* de Lenin. Bosteza y mira a su alrededor. El cuarto no tiene gran cosa: una calavera de burro sobre montones de periódicos en desorden, una poltrona descosida cubierta de ropa usada, un retrato de Karl Marx colgado de la pared, un afiche del Che y una ruana. Lo demás, vasos a medio llenar, pantalones y camisas anudados sobre un guacal que funge de mesa de noche y cómoda, porque encima de él hay un espejo donde se distorsiona el reflejo de los que juegan ajedrez sobre la cama.

—¿Qué estuviste hablando con el Coronel en la platabanda de la casa de Ricardo? —por fin Daniel suelta la pregunta, distraído en una jugada del alfil.

—Co-cosas. ¿Qué pude haber hablado? —José carraspea y saca un pañuelo para limpiar su cara grasienta y lisa, donde sólo resalta un mostacho enorme al estilo de Nietzsche.

Daniel se levanta, sale a la calle, todo está tranquilo. Las puertas están cerradas, pero subsisten pequeños grupos dispersos. Se ve la botella traslúcida pasar de boca en boca, las motos subiendo y bajando la pendiente; alguien grita al pasar. Daniel baja la cabeza en un reflejo, busca protegerse. Se escuchan risas junto a la aceleración de la moto. Daniel recuerda. Estaba seguro. Los tres tiros que perforaron su puerta unos días atrás lo habrían matado si en vez de quedarse dormido en la poltrona se hubiese tendido en la cama, como siempre. Esa vez el Biuti había intentado llegar más allá del amedrentamiento, más cerca de tomar su vida y ofrecerla en sacrificio a un dios desbocado, luminoso, terrible. De alguna manera, Daniel debía encontrar el cuello del Biuti, el gáznate del Zucaritas para apretarlos definitivamente, impedirlos del aire.

Daniel sigue allí, parado frente al faro, mira intensamente a José, convenciéndose de que no cuenta sino con gente como él, que se adhiere no como un gesto de comprensión ni solidaridad íntegra, sino como la única

forma de proyectarse. Eran los mismos de las luchas arrastradas durante años, que vienen bogando sin timonel hasta el presente, con su particularidad: el nuevo giro de la historia. A través de él encontraban una manera de darle forma a sus vidas, carentes de molde definitivo, se edulcoraban con posturas para seducir. Ahora todo estaba desarticulado, el rompecabezas con las piezas equivocadas, y sólo quedaba delirar.

Los delirios cobran cuerpo, se alimentan con una figura paterna que les indica cómo abrir el Mar Rojo. Y allí están Papito, José, Germán, frente a una tabla de ajedrez moviendo piezas, tensando una sonrisa luego de las jugadas, pasando las noches despiertos, durmiendo medios días. Seguros. Saben la importancia que cobran ante los demás al estar en el faro. Por lo menos antes las personas los miraban de distinta manera. Así han llenado sus vidas robando afecto a cualquiera que se lo ofrezca en forma de cervezas o palmaditas en la espalda, como diciéndoles: Está bien lo que hacen, no importa qué.

Hasta una mujer podría no esconder las ganas de admirarlos, de desvestírseles una tarde, y cambiarlos por el marido o el novio en un rápido juego de cuerpos sobre camas improvisadas en cuartos condenados, o en los quicios de las escaleras.

—¿Tú fumaste con el Coronel anoche?

—No. ¿Po-por qué iba a fu-fumar con el Coronel

anoche? Sólo subí a la platabanda para hablarle de la ma-marcha, para invitarlo a ver mis pinturas. –Se lleva el vaso a la boca.

Ricardo se acerca en la moto, la recuesta contra la puerta del faro y gesticula pausadamente, con una torpeza que delata su estado.

–Qué bríos tiene el Coronel. Se meó en el bautizo del libro de un tipo que no conocíamos. –Se toca la nariz–. Anda loco con lo de la mujer. Que si es puta, que si la otra también. Se lo dijo a todas las que estaban en la fiesta. Algunas se reían, pero un gordo con la cara así de sapo le dio en la boca. Lo recogí de una silla. Se tapaba los ojos gritando que le quitaran toda esa gente de encima. Cómo le tiene miedo a los golpes.

–Ese carajo me duele a veces –dijo Daniel.

–Qué te va a estar doliendo. Quién eres tú para que la gente te duela. A ti sólo te duelen las bolas porque sabes que te están cazando.

–¿Quién? –dijo un golpe contra la puerta–. ¿Quién carajo va a hacer cacería conmigo? ¿El Biuti? ¿El Zucaritas? Los meo. –Se calló un momento–. ¿Qué hay del Zucaritas? El otro día lo vi bajarse de un Continental blanco, subió con el Biuti que iba y venía con mala cara. ¿No sabes qué pasaba?

Cada vez más esporádico el paso de los motociclistas. La noche se azuló en un despejarse repentino. Briseaba fríamente.

–¿Qué voy a saber? A ese hombre le gustan las tier-nas, a lo mejor quería una.

–¿Me vas a decir que no sabes? Tú y yo y todo el barrio sabemos qué viene a hacer el Zucaritas acá. Es el que siembra monte, polvo y pasta aquí.

Ricardo caminó hasta el frente de la casa de laberintos inextricables. Se subió el cierre de la chaqueta y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Sí, güevón –escupió desde el otro lado de la acera–, pero lo que tú no sabes es que también cosecha. El Zucaritas cosecha más de lo que da para seguir vendiendo. –Se acercó de nuevo a la puerta del faro y le habló cerca de la oreja–. Pero, de que tiene sus perversiones con las carajitas, las tiene.

Ricardo se subió a la moto y arrancó. Daniel lo miró perderse tratando de recordar la escena del Zucaritas, llamando con sus manos gordas desde la ventana del Continental y efectivamente se montaron al auto dos muchachitas, casi unas niñas.

Hay noches tensas de horas irrespirables. Se conjuran los elementos para inquietar, excitar, acordonar el sueño más allá de las posibilidades de alcanzarlo. El insomnio surge del agua, al igual que una espada, y es posible apuntalar cualquier empresa con ribetes de locura.

Daniel se proponía organizar, de nuevo atar nudos, remachar cadenas. Un escuadrón antidroga era como

un escuadrón de la muerte, un brazo de la policía. Ya escuchaba al Coronel llamándolo esbirro, juguete, marioneta. «Un escuadrón no se diferencia de otro, todos tienen el mismo fin: el agavillamiento. Entre un escuadrón antidroga y uno fascista no hay diferencias.» No quería darle la oportunidad del contragolpe, de ofrecerle la razón, porque él la tenía. En los sesenta, pensaba, los Tupamaros operaban secuestrando y ajusticiando. Fallaron por errores de cálculo y no ideológicos. Hoy el foco, el choque armado, la redimensión de los objetivos cobra un nuevo sentido. ¿Serían acordes? ¿A qué? No encontraba respuestas claras, sólo vislumbraba un punto de luz, una transparencia y por allí intentaba ver. Sí, habían hecho una guerra contra el sistema, contra un estado instituido y esa guerra se perdió apenas comenzaba, a pesar de que se intentó prolongar con obstinación, ignorando al país. Era lícito no dejar el mar en calma, jorungar las antenas del insecto, los tentáculos, las patas, una de sus patas infecciosas. Daniel se había quedado solo, sin partido, sin frente, sin núcleo. El Coronel le decía que parecía un brazo loco lanzando trompadas por reflejo. Sin embargo, él creía que debían continuar, no romper el hilo, no quebrar el sentido, su sentido. Porque aunque no se lo confesase abiertamente, todo eso de la lucha, de los amigos y enemigos, era una cuestión personal.

—¿Qué habló contigo el Coronel anoche? —le preguntó a José.

—Dice lo de siempre. Que estamos meando fuera del perol.

—Y tú aprovechaste, dudaste y echaste una meadita dentro. Dímelo, bolsa: ¿Te metiste tu tabaquito?

No esperó respuesta. Se fue a la calle y se recostó en un auto. Miraba al vacío, ubicando armas, personas de confianza, manoseaba la posibilidad de encontrar a una mujer joven, niña.

Cerca de la casa escuchó un grito: *¡Coño, me atracan!* Detrás del flaco corrían dos hombres con armas en la mano. El flaco subió por unas escaleras a grandes zancadas, llegó a la ventana de Ricardo, éste estaba asomado, intercambiaron unas palabras y el flaco le entregó algo. Bajó de nuevo las escaleras y tropezó con uno de sus perseguidores.

—¡Déjame, yo no cargo nada! —llegó el otro y lo apuntó. Al principio Daniel pensó que eran policías y se resguardó cerca de su puerta. Ricardo asomó la cabeza y gritó.

—¡Déjenlo tranquilo!

—¡Danos la pasta, rata! ¡Danos la pasta o te quebramos!

—¡Pero si no tengo nada! —lloriqueó el flaco. Uno de los hombres le dio un tiro en un pie.

—¡Dánosla, coño!

Daniel se había montado en el techo junto con Papito y José y lanzaron botellas. Los tipos dispararon a ciegas dos veces y se fueron corriendo. El flaco se quedó en el piso agarrándose el tobillo.

—¿Qué querían esos hombres? —le gritó Daniel.

—Nada.

—Entonces, como Lázaro, levántate y vete a la mierda.

—¿Qué va. Este tipo se viene a mi casa —dijo Ricardo.

Lo ayudó a pararse y se fueron. Daniel no los siguió.

Se quedó pensando en Ricardo. Era, a pesar de todo, a quien necesitaba. Él conoce hasta dónde llega el pantano, puede internarse en la ciénaga sin ensuciarse la cabeza. Era buen jugador, iría hasta el final del partido. ¿Por qué estaba tan seguro? Con Ricardo nunca se sabe, siempre da sorpresas gratas, tiene los sentidos embotados, pero el corazón se le desborda.

La calle quedó murmurante como un río. Desde las ventanas se escuchaban los comentarios, quejidos apagados, risas. Cerraron a pulso, con un golpe seco, la puerta de la casa de regiones inhóspitas. Las muchachas, a oscuras, volvían a sus camas, se quejaban por el sueño interrumpido, irían cansadas a trabajar en el banco. Tania, envuelta en su bata de paño azul, pasó al lado de un tío. Sintió que le apretaban la cintura. Unas manos gruesas se ceñían a ella y subieron hasta presionarle los senos. Tania le dio un pisotón.

—No joda. Quiero salir de esta casa.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre desde el piso de arriba.

—¿Qué crees tú?

En esa casa se llegaba a las habitaciones siguiendo el olor que se enmadejaba con los demás olores, pero, sin embargo, se imponía como la punta de un hilo tejido y destejido, independiente, soberano sobre los demás heidores y aromas. La primera impresión que daba la casa era la de ser grande, pero aturdía. Se reduce en una atmósfera de hacinamiento, en un paisaje oscurecido, de paredes levantadas una tras otra. Carecía de la intimidad de los baños grandes, sin el encanto de los cuartos espaciosos, con peinadoras y camas amplias. Fue construida a manera de cárcel, levantada en espacios viciados por la opacidad, en lugares inverosímiles donde se apilaban literas y se apretujaban camas matrimoniales junto a desconchadas cunas. Todo olía. Un ciego se hubiese orientado por aquellos laberintos siguiendo las hebras conductas a la platabanda, donde Tania subía a tender la ropa: primero pasaba por un juego de manos masculinas y femeninas y luego se sometía a la mirada desbordada del barrio, que más que desearla, la reclamaba.

Regresó a la cama, que compartía con una prima. Ambas chocaron frente a frente. Ambas venían de los mismos laberintos, con sensaciones florecidas en la piel por los apretujones de los tíos, primos y amigos que dormían en aquella casa y se convertían en roedores al acecho. Se arroparon. Miraron hacia arriba, hacia un tablón ensombrecido que a veces se movía como si se

fuera a caer y dejaba escapar un polvillo que bajaba en forma de lluvia hacia la cama, además de susurros, gemidos, pujos de dolor o de placer, cada quien los interpretaba a su manera.

–Escucha: se cogen a la tía Clara –dijo la prima. Ambas se rieron.

Tania recordó la tarde, parecida a otras tardes, sólo que el Coronel estuvo allí. Alguna vez fue la alternativa para sus tías, el salvoconducto para salir con honra de aquella cueva enmohecida por malos hedores y humedades.

–Si en esta porquería se apareciera una Virgen, le pediría un milagro.

La prima le pasó una pierna por encima del vientre.

–¿Cuál?

Tania le sonrió. Buscó darle la espalda. Su vida estaba encajonada. No existía salida digna. ¿Qué le sugería el Coronel al volver al barrio, al buscarla como mirando al suelo, al achicar sus ojos e intentar hablarle? Una posibilidad, la única. Aquella idea la excitaba, era una salida, un camino nuevo, abrasivo, fuera de aquella casa de distorsiones. Desde niña no escuchaba un solo cuento con final feliz. De cualquier manera, sus primas se iban convirtiendo en violadas de escaleras, de lavandero, en concubinas por la imposición torcida de hombres detestables, de manos ásperas como patas de perro.

La prima la acaricia.

–Ah, vaina, chica. Voy a tener que pasar la noche sentada.

La otra continuaba abriéndole la bata para meter la mano y acariciarle los senos que apretaba contra la almohada.

–¿Quién te gusta? –Le hacía cosquillas–. Anda, cierra los ojos, piensa en él.

Tania cerraba los ojos, pero resultaba imposible imaginarse nada, tenía sobre sí mucha mujer, su misma piel intentando poseerla. Al final siempre estaba en una calle sin salida, con un muro levantando negativas. La prima se quedó quieta, miró al techo. Crujía.

–Es la tía Clara. ¿Le estará doliendo?

–Depende. Si se lo están haciendo por donde no es...

La otra intentó tocar a Tania.

–Basta. Deja la cosa. –Se apartó y buscó los pies de la cama. Se cubrió con la manta. Aún así la otra continuaba con el acecho–. ¡Nos vamos a caer de la cama! –Se tendió bocabajo arropada hasta la cabeza. Procuraba no ser víctima de los dedos de los pies de su prima. Aquel juego le impedía dormir, la irritaba, no podía traer hasta aquella covacha los sueños de campos floridos, días de sol y brisas fuertes de la Inglaterra isabelina.

Se escuchó a una de las tías viejas toser y arrastrar sus pasos hasta el fregadero. Hubo un rebullicio de ollas, los gallos cantaron y el arranque de un auto intentaba hacer marchar un motor. Era la mañana. El aroma del

café se filtraba por toda la casa, la prima quiso pasarse a los pies de la cama y Tania le señaló la punta roma del espaldar:

–Date con eso.